
Tentativas sobre Walter Benjamin

Immer Radikal, niemals Konsequent!

(¡Siempre radical, nunca consecuente!)

Benjamin a Scholem

Susan Sontag ha escrito resueltamente de Benjamin: se consideraba un melancólico, despreciando sin embargo las etiquetas psicológicas al uso e invocando las astrológicas. «Vine al mundo bajo el signo de Saturno, el planeta de los desvíos y las dilaciones». Se trata, sin duda, de una óptima caracterización inicial: el compromiso imaginativo de Walter Benjamin entendido como la obstinada meditación de un *melancólico*. Desde rasero un tanto psicologista, el radical burgués desarraigado de infancia enferma, oculto en la impersonalidad despiadada de la gran ciudad; el estudiante brillante, hipersensible y de mirada perdida —la equívoca ingenuidad del miope—, obsesionado por la soledad: «La soledad me parecía el único estado humano apropiado». Apunte sugerente, en efecto, para penetrar en ese texto cifrado que es la escritura; un reto, quizás, a desentrañar del testimonio indirecto —*memoria invertida*, escribió una vez— de la obra de Benjamin, nacido en Berlín en 1892 y que optó por abandonarse a la muerte en el negro otoño de 1940 en Port-Bou.

1.— Los espacios perdidos

Si la figura moral del *confidente* precisara en la actualidad de representación simbólica, a la manera de los emblemas renacentistas, sería la paciencia la virtud más ajustada a ella. Y su personificación moderna, sin duda, el gran hebraísta recientemente fallecido (1982) Gershom Scholem, amigo de juventud y para siempre —aunque sólo consiguiera entender a medias la elipsis existencial— de Walter Benjamin. Su testimonio escrito *Geschichte einer Freundschaft* (1975) es el último ejemplo de ese género privilegiado que es la *autobiografía refleja*, esto es, la narración biográfica elaborada a partir de la criba objetivadora del Otro, —en esa acepción que Borges nos ha enseñado a utilizar— que asume, a su vez, la función censora consciente del propio pasado. Scholem reelabora minuciosamente el recuerdo del amigo desaparecido, al tiempo que reinterpreta la historia de una época que acaso se pretendió distinta. Cuenta para ello con el arsenal, aparentemente inagotable todavía a la espera de conocer los fondos de Postdam, de una correspondencia continuada a lo largo de la vida entera de Benjamin, cuyos altibajos suaviza la lejanía —asentado definitivamente el uno en Jerusalem, caba-

lista más tarde de ámbito internacional; tráfuga de un mundo ilegítimo el otro— en tanto que la muerte, temprana, de Benjamin vendrá a saldar las diferencias. Bien que con algún matiz, sin embargo. El *Zeugnis* scholemiano empaña levemente la presencia transparente del amigo al reflejar con crudeza las obsesiones militantes de su autor. La imagen que resulta es doble, o mejor, doblemente condicionada por los prejuicios del sabio judío: Benjamin es, en alternancia sin fisuras, bien el *genio hebreo* sobredotado para la reflexión, metafísico y cabalista —«su escritura miniada (*Miniaturschrift*) conservaba algo de cabalístico...»—, o el *materialista* que niega en vano su procedencia y se entrega al milenarismo comunista inducido por las «malas compañías» —de Lukács a Brecht, a través de la *turbulencia* llamada Asja Lacis. El cliché surtió efecto y la sabia administración del tópico por parte de Adorno al sacar a la luz el legado inédito de Benjamin ha marcado la *recepción* contemporánea del gran heterodoxo berlinés. Con todo, se han publicado apenas cien de las casi trescientas cartas cruzadas entre Benjamin y Scholem a partir de 1923. Curiosa fidelidad en pleno siglo nuestro. «Acaso la distancia —confiesa Scholem— contribuyó a que me abriera su corazón como no hizo con nadie».

En cualquier caso, la estrategia scholemiana de aislar el hecho Benjamin por medio del cinturón sanitario del criptojudaísmo y la hagiografía no consigue disolver el peso ejercido por las urgencias culturales de la época. Schiavoni ha denunciado la irresponsabilidad que representa desvincular los tres grandes genios contemporáneos de tradición hebraica —Kafka, Freud y Benjamin— de las determinaciones sociales e intelectuales que condicionaron su evolución personal. Más que de irresponsabilidad cabe hablar de ejercicio encubierto de depuración: serían así tres maestros al margen de las impurezas y del tiempo, ajenos a «sospechosas» identidades colectivas —la peligrosa *Ju-âentum*— que facilitan su asimilación, por supuesto, pero que diluyen el misterio (*Geheimnis*) que debe rodear a todo personaje excepcional. Se trata, en suma, de *justos* (sabios en la acepción rabínica de *Zaddiq*) que nos transmiten «el eco lejano de la palabra» y ante quienes sólo cumple la veneración.

Nada más desenfocado. El ejercicio estilístico de Benjamin corre parejo con el compromiso formal de la «afinidad electiva» (Ernst Bloch): constituye la apuesta suicida por la metáfora en una lengua, la alemana, intoxicada por el didactismo y la logografía. Una propuesta, en definitiva, de «pensar en imágenes», de abandonarse a la contemplación *an-intelectual* del objeto hasta romper el control «lógico» del discurso y dar entrada a lo cotidiano, al lenguaje abierto de la comunicación asociativa, a la evocación —el recuerdo involuntario proustiano— que se extiende a sectores y temas desatendidos cuando se postulan en la acción comunicativa unos intereses teóricos definidos: la dominación conceptual, viene a sostener Benjamin, es el ejemplo más sutil de tiranía.

Ya entre nosotros, la recepción de Benjamin ha sufrido, además, otra perturbación de envergadura: su alineación junto a los teóricos de la ya consagrada Escuela de Frankfurt. Su figura representa el contrapunto heterodoxo del *tandem* Adorno/Horkheimer en no pocas construcciones divulgatorias de filosofía social de alguna incidencia sobre el estudiantado universitario post-sesentayochista. Las vicisitudes de esta filiación son complejas y quizás su mejor historia —acaso *petite-histoire*— nos la ofrezca el repaso detenido de la significativa correspondencia *oficial* intercambiada con Horkheimer en par-

ticular. Los métodos del *Institut für Sozialforschung* —el glorioso *Café Max* de los años inmediatos a la hegemonía nacionalsocialista y del primer exilio ginebrino— escoran paulatinamente hacia una teoría política de base empirista, en tanto sus cabezas de fila, Adorno, Horkheimer, Pollok, encarnan con relación a Benjamin algo así como la tutela intelectual, paternalista y protectora hacia el hijo pródigo, cuyas rarezas no alcanzarán jamás a comprender por entero. Es conocida la censura directa que sobre los textos de Benjamin ejercieron esos incómodos amigos de madurez, al igual que los renglones torcidos que explican la incorporación de éste al grupo, con carácter siempre ocasional y forzado por una elemental necesidad de supervivencia, en los años previos al estallido de la Guerra Europea. Sin embargo, nos es difícil dar con un argumento, mal utilizado por críticos y biógrafos por lo general, que nos permita comprender mejor los celos e incomprendimientos recíprocos. Benjamin pertenece todavía a la Alemania guillermiana hundida definitivamente el *Gran Agosto 1914*. Por familia y «primeros afectos» forma parte de la burguesía radical educada en el idealismo de la voluntad de Rickert —«Soy discípulo de Rickert como Adorno puede serlo de Cornelius»— y disciplinada por el judaísmo asimilado y malconsciente, sin espacio social definido en el neofeudalismo terrateniente y *Junker*, que ejerció de clase dominante en los últimos tiempos del Reich prusiano. No es casual la influencia del misticismo sionista ni el entusiasmo sentimental que el «movimiento de la juventud» (*Jugendbewegung*), alentado por la renovación pedagógica de Gustav Wyneken, ejercieron en el joven Benjamin —son los años de la insólita narración *La muerte del padre* (1913), del alegato generacional *Metafísica de la juventud* (1914)...—, quien confía a Ludwig Straub sus titubeos intelectuales en carta de octubre de 1912: «Mi experiencia espiritual decisiva la tuve aún antes de que el judaísmo se convirtiera para mí en importante o problemático... Como religión me era lejano, como hecho nacional desconocido. El influjo decisivo fue éste: en una *Landerziehungsheim*, donde pasé un año y nueve meses de importancia decisiva, el doctor Wyneken fue mi profesor... Un año después leí los escritos programáticos de su escuela, que se basan en la filosofía hegeliana... Estas ideas determinaron no el interés por las reformas, sino en mayor medida la dirección de mi vida».

La evolución primeriza de Benjamin evoca el itinerario abrupto y descarnado de los herederos de la *gran burguesía* finisecular con sensibilidad suficiente para percibir el *vértigo del abismo*, en ajustada diagnosis de Lukács, que con Wittgenstein es otra de esas vidas paralelas marcadas por el signo de la tragedia. La conversión *Paulina* al marxismo, en el caso del filósofo húngaro, el pacto despiadado con el diablo del propio Wittgenstein, y la irreductibilidad moral de Benjamin son imágenes reflejas de un idéntico yo trascendental: hijos de la «pecaminosidad consumada» aspiran a la redención purificadora a través del ejercicio radical del pensamiento, en una época de gestos vacíos y fáciles, de heroísmos de clase media.

En *Mefisto* de Klaus Mann un personaje recapitula lúcidamente el paréntesis cultural de Weimar: «¡Qué rápido se ha ido! En 1919 todavía sonaban Strindberg y Wedekind; en 1926 solo interesa la opereta». Un interlocutor ironiza: «¿Se hubiera lamentado de haber podido imaginar cómo sería 1936?».